



Lectura del santo evangelio según san Lucas (18,9-14)

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola a algunos que se confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo".

El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevió ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador".

Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Petición: **Señor, concédeme la humildad de corazón.**

MEDITACIÓN DEL P. TOMÁS MORALES

1. Panegírico de la humildad

El Evangelio es conmovedor. Nos muestra el corazón de Dios compadeciéndose y perdonando. Perdonando al humilde, que abre su alma a la gracia. Compadeciéndose del soberbio, que la resiste; humillándole para poder perdonarle también. El publicano salió del templo justificado, mientras que el fariseo vuelve a su casa arrepentido de su soberbia, para retornar humilde por segunda vez y encontrar la misericordia, que sale al encuentro del que sinceramente reconoce su pecado. Un panegírico de la humildad que allana caminos para el encuentro con Dios. **Humildad que arranca de la conciencia de nuestra nada**, de nuestra radical impotencia para con Dios, para salvarnos, para conquistar a los demás para Dios. Humildad que es convencimiento firme y arraigado de nuestra nulidad. **Humildad que es andar en verdad**, como dice con sencillez castellana Santa Teresa de Jesús. Humildad que es —enseña Santo Tomás— reconocer prácticamente nuestra condición de criaturas, es decir, conciencia de nuestra pequeñez e insignificancia.

Nadie puede pronunciar "Señor Jesús" sino por la fuerza del Espíritu Santo (1 Co 12,3). Ni eso siquiera podemos, ni decir «Jesús» de modo que valga para nuestra salvación, sin la ayuda de Dios. ¡Cuánto menos podemos resistir pasiones, triunfar del egoísmo, permanecer fieles en la oración en medio de sequedades y arideces, vivir como auténticos hijos de la Reina, triunfar de los vaivenes del corazón! *Sin mí, nada podéis hacer*, dice Jesús en la última cena. «*Sin Él* —nos repite María—, *nada podéis hacer*». Y nos lo repite para que podamos saborear el Evangelio.

Consciente de su nada, cercada de enemigos, desterrada en la tierra, el alma suspira en las partes melódicas de la liturgia: **Cuando clamé al Señor, Él escuchó mi voz, y me libero de los que me acechaban** (Sal 54,17). *A Ti, Señor, elevaré mi alma. Dios mío, en Ti confío; no seré desatendido ni se burlarán de mí mis enemigos* (Sal 24,1). El grito de angustia, al palpar la propia miseria, se hace más íntimo y cordial en este salmo: *Protégeme, Señor a la sombra de tus alas, guárdame como a la pupila de tus ojos* (Sal 17,8)

Impregnados de estos sentimientos de humildad, a la luz del Espíritu Santo, bajo la mirada de María, meditamos este Evangelio. Jesús, con sus discípulos y apóstoles, se dirige desde los confines de Samaria y Galilea hacia Jerusalén. Es el tercer año de su vida pública. Va hacia la Ciudad Santa para celebrar allí la última Pascua, en que se inmolará por nosotros. Ha curado en el camino a diez leprosos. Ahora se detiene para encerrar en una comparación la **lección necesaria para vivir el Evangelio: la de la humildad**.

—*Madre querida: que rodeemos también a Jesús como aquellos primeros cristianos para oír su enseñanza y que tú nos alcances gracia para vivirla*».

2. Hablaba a los que se creían justos

Propuso esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás. La parábola anterior, narrada también por Lucas, la expone para todos; pero ésta es, según dice el evangelista, «para algunos». No se trata ahora de los cristianos en general —aunque también para ellos sean muy provechosas las palabras de Cristo—, sino de unos pocos en comparación con la multitud. Para algunos pocos que presumían de sí como justos.

Entre ellos estamos también nosotros... ¡Es tan fácil, al vernos rodeados de regalos y caricias de Dios, empezar a presumir de justos! Y lo peor es que no nos damos cuenta. Niños mimados, empezamos a atribuirnos lo que tenemos en cualidades humanas, en dones sobrenaturales. Lo que tenemos o lo que nuestra imaginación y vanidad nos hace creer que tenemos. Olvidamos aquellas palabras que San Felipe Neri repetía continuamente: **«Si no me sujetas bien con tu gracia, Señor, hoy mismo te haré traición y comeré yo solo los pecados del mundo entero».**

Sí, Jesús mío, quiero ser sincero. Tu parábola va para mí. Soy de los que presumen de justos. Y no me doy cuenta de que **Tú me has elegido como a tus discípulos, entre lo más despreciable y abyecto del mundo.** «No elige —dice San Ambrosio— a sabios, ricos, nobles, sino a pecadores y publicanos, para que nadie se engañe pensando que redime con riquezas, convierte con sabiduría humana, atrae a su gracia con su poder y nobleza».

Eligió escorias y basura del mundo para que nuestra confianza no la pongamos en sabiduría humana, sino en la fortaleza de Dios (Cf. 1 Co 2,5). De ti quiero servirte, decía un día Jesucristo a Gemma Galgani, **«precisamente porque eres la más pobre y pecadora de mis creaturas».** Cien años antes había dicho lo mismo a Margarita de Alacoque cuando ella le exponía su incapacidad para la misión que le proponía: **«¿No sabes que yo utilizo para mis obras a los más débiles para confundir a los fuertes?»** ... ¡Y yo todavía creyéndome que soy algo, presumiendo de mí como justo!

Un alma apostólica, al contemplar el fruto de su trabajo, escribía: «No tengo de qué enorgullecerme, no siento ni pizca de orgullo. Es Él quien maneja en mi fábrica todo. Y de eso sí que me siento orgulloso. ¡Cómo me gusta que me maneje Cristo! **No me importa ser nada para que Cristo tenga que ponerlo todo.** Me siento feliz al pensar en cómo Dios me ha cambiado. ¡Con lo orgulloso que era yo antes! Me siento feliz al considerarme una nulidad». Los valles atraen hacia sí toda el agua de las montañas. Dios se vuelca en las almas humildes, desprendidas del «yo». «No tolera el vacío —dice Vicente de Paúl—, y cuando nos despojamos de nosotros mismos, nos llena de sí». Es que, **«para enamorarse Dios del alma, no pone sus ojos en su grandeza, mas en la grandeza de su humildad»** (San Juan de la Cruz).

3. Orgullo que separa de Dios y de los hermanos

Propuso esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás. El orgulloso no sólo vive fuera de la verdad, creyendo que tiene más de lo que en realidad tiene o atribuyéndose a sí lo que no es de él, sino de aquel que se lo dio por una temporada tan corta como la vida en la tierra. **El orgulloso no se limita a presumir, sino que, como dice también Jesús, desprecia a los demás.** ¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano.

No soy como los demás que me rodean: egoístas, impuros, inconstantes, superficiales, vacíos... Ni como ese publicano, ni como ese hermano mío que flaquea y que vive tan mal. Ni como ese otro que exagera su fervor, su austeridad, su mortificación... No soy tan exagerado como ese publicano; estoy en el punto medio, guardo el equilibrio. No; yo ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de cuanto poseo. Me contento con quedar bien ante los demás, con cumplir al exterior con todo, pero sin extremismos... Así, el orgullo, al mismo tiempo, nos distancia de Dios y nos separa de nuestros hermanos. Arruina una vocación de entrega al amor en los demás. **La humildad, por el contrario, nos une al Padre y nos funde con los hermanos en un mismo corazón.** Se cumple la Sagrada Escritura: *Dios resiste a los soberbios, y da su gracia a los humildes* (St 4,6). Es decir, se da, se entrega Él mismo a ellos. **Por eso se entregó a María tan por completo, porque era humilde, estaba vacía.** Por eso pudo saludarla *Llena de gracia*, ¡llena de Dios!

4. Oh Dios, ten compasión de este pecador

El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo... Contraste hiriente. El orgulloso fariseo, erguido, en primera fila, recitando en alta voz su plegaria petulante. El **humilde publicano, manteniéndose a distancia, los ojos bajos, golpeando su pecho**, mientras repite una y muchas veces en el silencio de su corazón: **“¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”**.

Está saboreando su pequeñez, su nada, su miseria. La humildad, apunta Francisco de Sales, no es sólo el conocimiento de la propia miseria y pobreza —eso es sólo humildad humana—, sino **el amor a esa pobreza y miseria al contemplar la pobreza y humillación del Señor**. En pleno ajetreo del mundo actual, un alma fiel a Dios puede sentir este amor, como aquella que escribía: «En algunos momentos, cuando palpo lo miserable y ruin que soy, me lleno de gozo. Es uno de esos sentimientos que no se pueden explicar. En vez de preocuparme, como hacía antes, siento como un gozo inexplicable y que mis ojos se llenan de lágrimas, pero con una dulzura que veo viene de Dios. Y le doy gracias por haberme hecho la más pobre de todas. No puedo decir todo lo que mi alma siente en estos momentos. Desearía poder decir cómo me siento y me veo exactamente delante de Él, pero no sé. Lo único que sé decir es que **deseo permanecer así siempre, la más pequeña y última en todo**. Sólo en una cosa no desearía quedarme atrás, y es en amar a Cristo, aunque sea en la medida de mi pequeño corazón; pero **que le ame por encima de todo**».

«¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador» ¡Qué súplica tan humilde, tan arrebatadora al mismo tiempo! Esa debe ser nuestra oración continua: *Deus, propitius esto mihi, peccatori*. **Pidamos a María poder llegar a esta perfecta humildad del publicano**. Entonces, Dios anidaría libremente en cada uno y nos elevaría a la más alta perfección, a la cima de la contemplación. Porque Él quiere nuestra santificación. Su naturaleza le inclina a comunicarse. La única condición que exige para esta comunicación es la de no encontrar obstáculo a su acción. Esta condición la realiza la humildad. Así rendimos homenaje a la plenitud divina, y este homenaje es tan agradable a Dios, que le hace inclinarse hacia el alma humilde para colmarla de bienes. Cuando el alma en la oración, iluminada por una poderosa luz interior, ve la oposición entre la grandeza de Dios y su pequeñez, se fija alternativamente en uno de estos dos términos. Si clava su atención en Dios, adora; si en sí misma, se humilla. La humildad nace precisamente en el momento en que nos encomendamos ante la Majestad divina. **La reverencia hacia Dios, una vez que ha inundado el alma, es como una fuente de donde brota la humildad**. «De la reverencia hacia Dios —dice Tomás de Aquino— brota la humildad». Y si el alma es fiel durante el día en aprovechar ocasiones para **desaparecer y humillarse**, si es avariciosa para ocultarse en todo momento, si lleva examen particular con amor a María, aunque se rebelde y la sangre le hierva, Dios irá derramando en ella, cada día más, sus inmensos dones, pues **va encontrando un corazón «vacío y solitario» en donde entrar**.

Pidamos a la Virgen que nos alcance una gracia semejante a la que obtuvo un día Teresa de Lisieux: *«Jesús me hizo comprender que la única gloria verdadera es la que ha de durar para siempre; que para alcanzarla no es necesario llevar a cabo obras ostentosas, sino **escondarse a los ojos de los demás, y aun a los de uno mismo**, de suerte que la mano izquierda ignore lo que hace la derecha»*.

Lo conseguiremos más fácilmente si nuestra oración se parece a la del publicano; si repetimos con insistencia a los pies de Jesús: **«Sé propicio conmigo, pecador. Perdóname**. Así saborearemos una de las más hermosas oraciones de la liturgia. Es una glosa de la oración del publicano que ha hecho la liturgia para nosotros. «¡Oh Dios, que manifiestas especialmente tu poder perdonando y teniendo misericordia!, inúndanos con tu gracia, para que, corriendo tras tus promesas, lleguemos a conseguir en tu compañía los bienes celestiales».

OTROS TEXTOS SOBRE LA HUMILDAD

➤ **Mi siervo no quebrará la caña cascada**

La humildad es el adorno de la Divinidad. El Verbo se revistió de ella al hacerse hombre. Al revestirse de ella la experimentó en su cuerpo mientras estuvo con nosotros. Cualquiera que ama la humildad se hace, en verdad, semejante a Aquel que descendió desde su altura y recubrió su grandeza y su gloria a través de

la humildad, para que, a su vista, la creación no se consumiera. Porque la creación no habría podido contemplar al Señor, no se habría encontrado con Él, no había comprendido las palabras de su boca si no hubiera tomado sobre Él la humildad y no hubiera vivido con ella.

Por eso, cuando la creación ve a un hombre revestido a semejanza de su Maestro, le reverencia y honora como hizo con su Maestro, que vivió en ella revestido de humildad. ¿Qué criatura hay que no se deje enternecer a la vista del humilde? Ahora la creación puede recibir por la mediación de un hombre humilde la visión de su Creador. Por eso el humilde no es menospreciado por nadie, ni siquiera por los enemigos de la verdad. El que ha aprendido la humildad, gracias a ella, es venerado como si llevara corona y púrpura (San Isaac el Sirio).

➤ **La humildad y la paz**

"Ten buena conciencia y Dios te defenderá. Cuando un hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca a los otros y sin dificultad satisface a los que lo odian. Dios defiende y libra al humilde; al humilde ama y consuela; al hombre humilde se inclina; al humilde concede gracia, y después de su abatimiento lo levanta a gran honra. Al humilde descubre sus secretos y lo atrae dulcemente a sí y lo convida. El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque está en Dios y no en el mundo. No pienses haber aprovechado algo, si no te estimas por el más inferior a todos. (Kempis *Imitación de Cristo* 2,2-3)

➤ **El camino de la humildad**

"Para perseguir y alcanzar la verdad, no debemos buscar otro camino que el que ha sido garantizado por aquel que era Dios, y por eso vio la debilidad de nuestros pasos. Ese camino es: primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad; y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo. No es que falten otros que se llaman preceptos; pero si la humildad no precede, acompaña y sigue todas nuestras buenas acciones, para que miremos a ella cuando se nos propone, nos unamos a ella cuando se nos aproxima y nos dejemos subyugar por ella cuando se nos impone, el orgullo nos lo arrebatará todo de las manos cuando nos estemos ya felicitando por una buena acción. Porque los otros vicios son temibles en el pecado, mas el orgullo es también temible en las mismas obras buenas. Pueden perderse por el apetito de alabanza las empresas que saludablemente ejecutamos... Si me preguntas, y cuantas veces me preguntes, acerca de los preceptos de la religión cristiana, me gustaría descargarme siempre en la humildad, aunque la necesidad me obligue a decir otras cosas" (San Agustín).

SUPLICA AL SEÑOR CON ESTA ORACIÓN: Sólo a Ti quiero, sólo a Ti busco

¡Oh Jesús a quien amo con todas las fuerzas de mi corazón!, heme aquí postrado a tus plantas, arrepentido y confuso, como llegó el hijo pródigo a la casa de su padre.

Cansado de todo, sólo a Ti quiero, sólo a Ti busco, sólo en Ti hallo mi bien. Tú, que fuiste en busca de la Samaritana; Tú, que me llamaste cuando huía de Ti, no me arrojes de tu presencia ahora que te busco.

¿Dónde estás, Señor? Quiero gustar las dulzuras de tu presencia, de tu amor. Pero no me cansaré, ni el desaliento cambiará el afecto que me impulsa hacia Ti.

¡Oh buen Jesús! Ahora que te busco y no te encuentro recordaré el tiempo en que Tú me llamabas y yo huía... Y firme y sereno, te amaré y esperaré en Ti, por encima de tentaciones y pruebas.

Jesús mío, dame humildad, paciencia, gratitud, amor... Si te amo de veras, todas las virtudes vendrán en pos del amor.

Te ruego por los que amo... Tú los conoces, Tú sabes las necesidades que tienen; socórrelos con generosidad. Acuérdate de los pobres, de los tristes, de los huérfanos; consuela a los que padecen, fortalece a los débiles, conmueve a los pecadores para que no te ofendan y lloren sus extravíos.

Ampara a todos tus hijos, Señor, Tú que eres más tierno que una madre.

Y a mí, que te acompaño cuando te abandonan otros, porque he oído la voz de la gracia; a mí, que sólo busco tu gloria y estoy recompensado con la dicha de amarte, auméntame este amor y dame fortaleza para luchar y obtener el regalo de la santidad. Amén.